

El lenguaje del color

ROBERTO GARCÍA JURADO

Tradicionalmente, el estudio de la comunicación humana se ha ocupado fundamentalmente de dos tipos de lenguajes: el escrito y el oral. Sin embargo, la comunicación entre los hombres se establece por muchos otros medios, los cuales pueden adoptar las más variadas formas, desde elementales gesticulaciones corporales hasta los más elaborados lenguajes cibernéticos. Así, uno de los medios de comunicación más extendidos y familiares en la cultura contemporánea es el del color, cuyos mensajes se encuentran impresos en la mayor parte de los espacios visuales creados por el ser humano.

Sin embargo, a pesar de su omnipresencia, no son muchos los estudios que se han dedicado al lenguaje del color. Por esta razón, la reciente aparición del libro

de Eulalio Ferrer, *Los lenguajes del color*, contribuye a llenar un vacío notable en la literatura lingüística contemporánea.

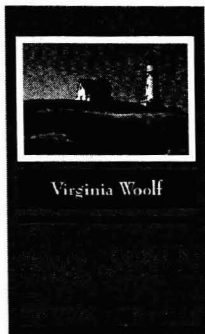
En efecto, la carencia de amplios y profundos análisis sobre el lenguaje del color llama la atención si se considera que muy probablemente, sin tomar en cuenta la diferencia de lenguas, culturas y religiones, el color es uno de los lenguajes más universales. Basta tan sólo considerar los colores de los semáforos, la etiqueta azul y roja que indica el grifo del agua fría y caliente o simplemente la cruz roja con que se identifica a los servicios de salud para percatare de que aun en las latitudes más remotas y en los contextos culturales más ajenos es posible hallar el sentido y el mensaje que a través del color pretenden comunicar ciertas acciones humanas.

El libro de Ferrer tiene la virtud y el demérito de la ambición. Es decir, se trata de un texto ambicioso, pero qué lleva su pretensión al exceso, ya que al intentar abarcar tal cantidad de temas quedan apenas esbozados o mencionados, lo cual no sería criticable si los objetivos del texto fueran más modestos, pero la sola revisión del índice da cuenta de un proyecto titánico, el cual, para decepción del lector, se realiza sólo parcialmente.

Como lo menciona el propio prologuista, José Hierro, este libro tiene el aspecto de toda una *enciclopedia del color*. Esto se debe a que Ferrer aborda los más diversos tópicos y cuestiones relacionadas con el tema central, desde los primeros registros históricos sobre la utilización del color por parte del ser humano hasta su uso moderno en la pintura, la publicidad y la moda. Para darse una somera idea de la amplitud y variedad de los aspectos que se abordan, es suficiente considerar que tan sólo el índice del texto ocupa 13 páginas, pero además, si no bastara con esto, el nombre de los tres primeros capítulos—I. "El color en la historia"; II. "El color en la historia de México"; y III. "Teorías y visión del color"—y de los tres últimos—X. "El co-

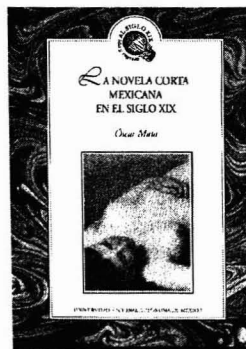


PUBLICACIONES UNAM



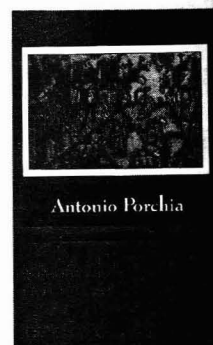
El viejo Bloomsbury y otros ensayos
Virginia Woolf
Selección, traducción y prólogo:
Federico Patán
Coordinación de Humanidades,
Programa Editorial
Poemas y Ensayos
1999, 219 págs.

La novela corta mexicana en el siglo XIX
Óscar Mata
Coordinación de Humanidades,
Programa Editorial
Ida y regreso al siglo XIX
1999, 166 págs.



Estado del arte y tendencias de la tecnología eoloeléctrica
Marco Antonio R. Borja Díaz y otros
Programa Universitario de Energía
Coordinación de Vinculación
Instituto de Investigaciones Eléctricas
1998, 141 págs.

Voces reunidas
Antonio Porchia
Prólogo: Jorge Luis Borges
Coordinación de Humanidades,
Programa Editorial
Poemas y Ensayos
1999, 300 págs.



Informes: Dirección General de Publicaciones y Fomento Editorial, Av. del IMAN, núm. 5, Ciudad Universitaria, C.P. 04510, México, D.F., Tel. y Fax 56 22 65 82, 56 22 61 89 ext. 13
http://bibliounam.unam.mx/libros e-mail: pfedico@servidor.unam.mx
Ventas: Red de Librerías UNAM

lor en la política"; XI. "El color en la moda"; y XII. "El color en la publicidad"—evidencian la intención enciclopédica del autor.

Sin embargo, como se dijo antes, el problema mayor no es la extensión sino la ineludible superficialidad: es obvio que en un texto de 420 páginas difícilmente puedan abarcarse tal cantidad de temas de una manera amplia y exhaustiva, pero además, una buena parte de este espacio es utilizada para brindar información hasta cierto punto irrelevante. Es decir, en varias secciones se ofrecen recuentos y enumeraciones inútiles, como es el caso del capítulo VI. "El color en la literatura", en el cual se expone una larga lista de libros que ocupa diez páginas, y cuyo común denominador es simplemente que el título incluye alguna palabra que alude al color, sin que sea posible encontrar ninguna otra utilidad. Algo similar ocurre con los capítulos VIII. "El color en la pintura" y IX. "El color en la música", en los cuales se ofrecen igualmente extensas listas de obras cuyo título se refiere al color, pero sin que tal información se distinga por un mérito distinto que el de la sola recopilación.

No obstante, sería injusto negar todo mérito o importancia al libro de Ferrer. A lo largo de sus capítulos el lector puede ir descubriendo una gran cantidad de datos, mitos y referencias históricas sobre los colores y su relación con la existencia humana. Se puede incluso descifrar el significado de símbolos cromáticos que circundan la vida cotidiana y que por lo general escapan a nuestro entendimiento. Así, cada lector puede realizar varios de estos hallazgos, los cuales en muchas ocasiones nos revelan contenidos e implicaciones insospechadas. En mi caso particular, y tan sólo como ejemplo, menciono tres de estos descubrimientos.

El primero de ellos se refiere a la capacidad física del hombre para percibir el color. Ferrer explica que en términos teóricos el ojo humano puede llegar a perci-



bir hasta nueve millones de tonalidades de color; sin embargo, debido a una gran cantidad de condicionantes culturales, sociales y geográficas, en la práctica no es posible identificar más de doscientas. En efecto, no todos los individuos pueden llegar a distinguir el mismo número de colores. Una de las determinantes de esta capacidad es el entorno físico, el cual condiciona de múltiples formas al órgano óptico. Por ejemplo, los esquimales, que ven transcurrir su vida en medio de paisajes polares, tienen la capacidad de percibir hasta doce diferentes tonalidades del blanco, y su visión resulta mucho más sensible a los colores verde y azul; en cambio, en ciertas zonas de África existen hasta cincuenta palabras para designar los diferentes tonos del negro, y la visión de los habitantes de estas regiones tórridas es mucho más sensible a los colores rojo, anaranjado y amarillo.

El segundo se refiere a los colores con los que generalmente se pintan los emblemas de las fachadas de las peluquerías, los cuales comúnmente son una especie de cilindros con líneas diagonales de color rojo, azul y blanco. Ferrer explica que estos símbolos son una herencia que los antiguos barberos legaron a los modernos

peluqueros, quienes antaño brindaban una variedad de servicios mayor a la que ofrecen en la actualidad, muchos de los cuales suplían las funciones de los médicos y hospitales, que en el pasado carecían de una cobertura satisfactoria. Así, cada uno de los colores de estos emblemas identificaba un cierto tipo de servicio: el azul representaba las tareas de aseo, como el corte de cabello y barba; el blanco, por su asociación con el color de las vendas, significaba la curación y atención de heridas, y el rojo publicitaba la realización de sangrías, las cuales eran prescritas por los médicos a sus pacientes con la idea de que a través de ellas se purificaba al cuerpo de ciertas enfermedades.

Finalmente, el tercero alude al color de las rosas. Como se sabe, el acto de regalar rosas se rige por un código de color bastante difundido. Las rosas rojas evocan pasión y amor, las blancas pureza e inocencia y las amarillas hipocresía y rencor. Ferrer refiere que una parte de este código se originó en la leyenda de la muerte de Adonis. En este mito se sugiere que hasta ese momento todas las rosas eran blancas, pero que cuando Venus intentó infructuosamente rescatar a su amado, una gota de sangre cayó sobre una rosa, tiñéndola de rojo, y desde entonces brotaron rosas rojas simbolizando la intensidad del amor y la pasión.

El libro hace muchas más referencias y alusiones a los signos y símbolos creados a partir del color; sin embargo, la mención de estos tres ejemplos ha tenido como objetivo mostrar brevemente el tipo de información que el lector puede encontrar a lo largo del texto, el cual, a pesar de las limitaciones ya señaladas, ofrece este tipo de pequeñas recompensas a quien le concede su atención. ♦

Eulalio Ferrer: *Los lenguajes del color*, FCE, México, 1999. 420 pp.